

ÉRASE QUE SE ERA...

PERFECTO E. CUADRADO
Universitat de les Illes Balears

In memoriam Eduardo y Leonor
(mis padres)

Tengo que agradecer a los responsables de la Casa de Castilla y León, y muy particularmente a su presidente Constantino Cardo Conde, a su vicepresidente Iluminado Largo Sutil y al poeta y rapsoda y agitador cultural Alfonso Monteagudo la invitación que me ha traído hoy aquí —no sé si para castigo de todos ustedes— y que me permitió antes conocer el centro que nos acoge y representa en Mallorca a los castellanos y leoneses de la diáspora. Ese agradecimiento lo extiendo, obviamente, a todos ustedes, mis pacientes feligreses, a quienes se me ha pedido que dirija un pregón o sermón que no haré yo mismo sino mi personaje más o menos real Fray Perfecto de Zamora-sur-Mer, de la Orden de Predicadores, más ducho en esto de dirigirse a la grey desde el púlpito.

Normalmente, los pregones de fiestas, conmemoraciones públicas, aniversarios, homenajes y similares suelen tener un tono épico, de exaltación de lo que se celebra, con un VIVA final estruendoso que inunda a la concurrencia de fervor y exaltación compartidos. Yo, a mi edad, y en este magnífico transtierro mallorquín, no estoy ya, como aquel que dice, para vítores e hipérbolos patrióticos, quiero decir que no estoy ya para muchos trotes, así que, no sé si en beneficio de ustedes, mis conmatrías y amigos, usaré el tono vagamente lírico de la confesión y la nostalgia para situarme a través de la memoria en la tierra que me vio nacer, que me dio sustancia y a la que también yo aboné y enriquecí con mi propia experiencia. Espero que, en ese territorio de selecciones y

transfiguraciones y engaños que es el de nuestra memoria de lo que fuimos y de lo que vimos, muchos de ustedes se sientan como en casa y viajen también conmigo al tiempo y a la tierra que acogieron nuestros primeros pasos en este valle de lágrimas. Un viaje que yo hago con emoción y con gusto, porque ni puedo renegar de mis raíces ni quiero negarlas voluntariamente. Y es que a mí no solo «me nacieron en Zamora», como dijo un eximio novelista, sino que en tierras zamoranas me hice verdaderamente, si es que no mienten los que dicen que somos la infancia que tuvimos, y de esa infancia me he ido nutriendo sucesivamente, no habiendo así de repetir el pesar de nuestro León Felipe cuya traducción poética todos recordarán en sus comienzos:

¡Qué lastima
que yo no pueda cantar a la usanza
de este tiempo lo mismo que los poetas de hoy cantan!
¡Qué lastima
que yo no pueda entonar con una voz engolada
esas brillantes romanzas
a las glorias de la patria!
¡Qué lástima
que yo no tenga una patria!
Sé que la historia es la misma, la misma siempre, que pasa
desde una tierra a otra tierra, desde una raza
a otra raza,
como pasan
esas tormentas de estío desde ésta a aquella comarca.
¡Qué lástima
que yo no tenga comarca,
patria chica, tierra provinciana!
Debí nacer en la entraña
de la estepa castellana
y fui a nacer en un pueblo del que no recuerdo nada [...].

En fin, vamos al grano, o sea, siguiendo la letra y el espíritu de la canción infantil, vamos a contar mentiras, tralará.

Ello es que el que les habla nació en Santovenia del Esla, un pueblo de Zamora en la ruta hacia Benavente y desde allí a la Sanabria y a Galicia o a León y las Asturias, según la dirección de nuestro viajar. Santovenia era un pueblo (relativamente) rico, grande y feliz, como los que describe Jenofonte en su *Anábasis* griega: un pueblo con cura, médico, veterinario y farmacéutico, con dos molinos y dos panaderías, iglesia con cigüeña, coruja, gaviluchos y vencejos, cuatro escuelas (dos por cada uno de los sexos entonces conocidos y legalmente reconocidos como tales), una tienda de ropas y retales y tres más de comestibles y artículos en general, tres chigres —una cantina y dos bares—, serrería, trinquete, un cementerio nuevo y otro viejo y destartalado como los que los románticos soñaban en sus delirios mejores, y la costumbre de bautizar a las personas con los nombres más extraños del santoral, nombres que nunca se hubieran oído por los alrededores y que así nos ahoraban los motes (cuando salía un desgraciado que se atrevía a ser un simple Pepe o similar, acababa siendo el Negro o el Patachula, por ejemplo, como castigo a su heterodoxia), nombres como los de mis tíos Erundina, Protasio, Dosinda o Kleiser, como los de mis vecinos Temístocles (el boticario que acabó convirtiendo la botica en un museo vanguardista), Egidio, Liborio, Mamerta (la criada del boticario), Leónides, Salvelia, o como el de este Perfecto que les habla y que tuvo la gracia de heredar como apellido el Cuadrado que completó la jugarreta onomástica de padres, padrinos y demás familia (aunque, debo decirlo, en la Iglesia acabé por llamarme en realidad Esteban, lo de Perfecto vino media hora y cien metros después, en el Ayuntamiento, así que quedé con nombre religioso y civil diferente y con grandes posibilidades de llegar un día a ser el único bígamo legítimo de las Españas).

Lo de tener médico propio era una cuestión casi de estatus más que de auténtica necesidad, porque en general la salud de los pintorros (como se nos conocía a los del pueblo) era de hierro reforzado, y generalmente uno llegaba a la frontera de los cien sin mayores apuros y acababa muriéndose de muerte natural, de puro desgaste y un poco de natural aburrimiento, en todo caso de cuatro únicas causas conocidas, a saber: de cólico miserere, por andancio, por un mal aire o porque esta-

ba de Dios. El médico, realmente, te saludaba al principio y al final del recorrido, y dedicaba el resto de su mucho tiempo libre a la caza, el coleccionismo, la tertulia, el tute o la vida contemplativa. En todo caso, y por si las moscas, no faltaba en la alacena de cada casa una botella de agua bendita (renovada cada Domingo de Resurrección) y otra de aguardiente con guindas, lo que resolvía, respectivamente, cualquier posible e improbable tropezón de alma o cuerpo que a los de la casa pudieran sobrevenirles. Si uno se mancaba y se le distraían o encorajinaban huesos y ligamentos, no faltaban para el remedio curanderos y otras almas sensibles, como mi abuela Chon, que tenía mano de santo para los aspavientos interiores de las extremidades; y si el estropicio era de los rebeldes, siempre quedaba la bruja de Benavente y sus ventosas (a mí me llevó a verla mi abuela Lucinda, me pusieron las ventosas y me dejaron olvidado en un camastro mientras escuchaban por la radio la retransmisión de la elección del que sería luego papa Juan XXIII: si la fumata blanca tarda diez minutos más en anunciar la buena nueva, me achicharro). Y en cuanto a problemas de desgaste (la vista, por ejemplo), periódicamente recibíamos la visita del afilador gallego con su maleta llena de lentes que los afectados iban probando hasta dar con los que mejor se adaptaban a sus necesidades: mi ya nombrada abuela Lucinda, sin ir más lejos, se compró unos a la edad de cuarenta o poco más y seguía haciendo ganchillo con ellos a los noventa y nueve, en que decidió dejarlo y dejarnos a todos con tres palmos de narices preparándole la fiesta del centenario. Y si buena solía ser la salud de los animales llamados racionales, mejor aún era la de los otros, los desrazonados que de puro domésticos acababan siendo como de la familia. Así que el veterinario también era un lujo (imprescindible, eso sí) que trabajaba solo en tiempos de matanzas, recogiendo para supuestos exámenes las mejores tajadas de solomillo de los cerdos sacrificados, con lo que tenía carne de primera por lo menos desde Todos los Santos hasta Nochevieja: y no se sabe que nunca hubiera habido en el pueblo trazas de enfermedad derivada del consumo de animal, bicho o alimaña.

Del boticario ya he dicho que respondía por el recio nombre de Temístocles (Don Temis, para los del pueblo), y en lo físico se correspon-

día con el nombre, alto y fuerte, bien mandibulado y de cabellos firmes y ondulados como estatua de romano. Desconfiaba prudentemente de los medios envasados en origen, y prefería fabricar él mismo los mejunjes: todavía recuerdo, por ejemplo, que nos enviaba a los críos a buscar manzanilla, pagándonos a tanto el saco después de expurgarlo de amargazas y otras especies próximas. Ya al final de su edad adulta le dio por la pintura, y empezó a decorar todos los botes y botellas y frascos y balanzas y puertas y ventanas y mostrador y techos de la botica, de manera que uno salía de ella con los típicos síntomas del mareado y felizmente estupefacto por efectos de la sicodelia, entonces muy en boga en estampados y capas de discos y artes decorativas y publicitarias en general.

Curas tuvimos unos cuantos en nómina, y a todos los traté de cerca, pues ejercí de monaguillo desde los siete u ocho años llegando en el oficio hasta el muy alto escalón de catador de vinos litúrgicos y solista del coro que a fuerza de graznidos en algo que quería ser latín conseguía despabilar a los feligreses que no habían tenido tiempo de librarse de las últimas legañas. La Iglesia y sus muchas ceremonias cíclicamente renovadas marcaban la vida del lugar y nos ofrecían una vez por semana la posibilidad de escaparnos de la rutina del trabajo y de la sordidez del día a día campesino para acercarnos bien lavados y vestidos de domingo a un espacio de lujo y maravilla inundado de flores, incienso, paramentos litúrgicos —casullas, albas, amitos, capas pluviales, todo bordado en oro sobre seda y lino— y una lengua misteriosa que nos comunicaba a través del sacerdote-chamán de la tribu con la divinidad casi siempre distante y olvidada de nuestras muchas servidumbres. Qué fiesta cada fiesta, qué estremecimiento y cuántas promesas de sorpresas y cosas nunca vistas al comenzar cada repique de campanas, qué desasosiego y qué espanto cuando ese alegre repiqueteo se mudaba en el gemir del doblar a difuntos por muerte, entierro o cabodeaño o en el rápido tran-tran-tran con ocasión de fuego o de desastre, y otra vez qué frescura y qué hormigueo jubiloso en el alma cuando el animado molinera-terapatatín-tin-tera de la torre nos acompañaba en las procesiones, y qué procesiones, santo cielo, con un san Isidro abandonado por momentos

para ir a cazar lagartos, o los ramos y los portales con los recién nacidos entre colchas y sábanas en el día del Corpus, o qué respetuoso cachondeo en la procesión del Santo Encuentro con los niños balanceándonos con un Jesusito a cuestras más que superdotado, las jóvenes sobre sus inmensos y peligrosísimos tacones luchando por que no se les cayera la Virgen a golpe de genuflexiones y el señor Egidio, de su natural algo desposeído de una pierna (cojo, quiero decir), cargando con el Cristo y tratando de arrodillarse sin que la imagen se estampara de bruces ante la cara atormentada de su Santa Madre. La Iglesia nos reunía, nos unía, nos encantaba por momentos, nos distraía —ay, aquel criticar cada vestido, cada peinado nuevo, aquel pasar lista a los forasteros y hacer disparatados planes de asedio y de conquista— y nos servía de lonja y plaza pública de celestineo y ajuste de negocios que después, a la hora del vermut, acababan de cerrarse con apretón de manos y disputas a gritos sobre quién pagaba la consumición.

Recuerdo especialmente la escuela y sus maestros. Me veo a mí mismo vestido de Marcelino Pan y Vino, con pantalón de pana y tirante único cruzado en bandolera, jersey abotonado arriba a un lado, cartera de la pana que había sobrado de los pantalones con pizarra y pizarri-nes, un fardel con azúcar y un vaso de plástico para la leche de la ayuda americana (la mantequilla la catábamos menos, pero la recuerdo de un amarillo-melocotón desparramada sobre una rebanada de pan y entreverada de azúcar) y una lata de sardinas convertida en brasero portátil que después, debajo del pupitre, nos ayudaba a soportar el frío en los pies mientras germinaba a traición el suplicio de los sabañones (esto de la lata de sardinas creaba jerarquías entre los alborotados alumnos-disciplinantes, según fuera el tamaño de la lata, lo que obligaba a las madres a discutir con la señora de la tienda, y a intentar ganársela para cuando se vaciaran las mejores latas). No me resisto a recordar aquí las largas invernadas académicas recitando el «Recuerdo infantil» de Machado (Don Antonio), el maestro andaluz que tanto nos amó y que tan bien supo conocernos, y que desde ese amor y ese conocimiento profundo nos retrató hasta la crueldad por ver si escarmentábamos:

Una tarde parda y fría
de invierno. Los colegiales
estudian. Monotonía
de lluvia tras los cristales.

Es la clase. En un cartel
se representa a Caín
fugitivo, y muerto Abel,
junto a una mancha carmín.

Con timbre sonoro y hueco
truenan el maestro, un anciano
mal vestido, enjuto y seco,
que lleva un libro en la mano.

Y todo un coro infantil
va cantando la lección:
«mil veces ciento, cien mil,
mil veces mil, un millón».

Una tarde parda y fría
de invierno. Los colegiales
estudian. Monotonía
de la lluvia en los cristales.

De mi cosecha y de mi personal experiencia añado yo al cuadro de Don Antonio el recuerdo del hambre compartida de alumnos y maestro, el capote azul militar y la fiamblera de Don Mariano y el muy usado y arreglado traje de Don José (por mal nombre, «Escabeche»), los tinteros y las plumas redondas o de pata de gallo que secábamos directamente en el pelo, las carreras de moscas atadas a cajas de cerillas (nuestras particulares carreras de cuadrigas) o la colección de varas de negrillo con las que tantas veces nos medían las costillas, las palmas o las puntas estremecidas de los dedos. Y añado también, del lado más risueño de mi memoria, los recreos y los juegos: a las bolas, a moro, a

arroñarse con el churro-mediamanga-mangaentera, a hacer el Capitán Trueno por el Plantío o el Barrero con espadas de madera entre las que siempre nos mataba de envidia la muy historiada del hijo del carpintero, a hacer competiciones escarrincándonos a los árboles para humillar fraternalmente después al más jijas del grupo o a cazar sin ánimo de herida a los hermanos pájaros, al vencejo con caña o con aros de papel, al murciélago con la boina, al gavilucho... bueno, al gavilucho mejor lo dejamos estar, que tiene malas pulgas y un pico y unas garras de respeto, y los juegos en casa, fabricando con cañiflejas toda suerte de herramientas y extraños artefactos, y las alegres correrías sin límites ni objetivos definidos por las calles del pueblo entre los gritos —«¿a dónde va la jarca moruna?!»— de las abuelas arracimadas a la solana o al fresco entre respuntes y chismorreos sin malicia.

No había en el pueblo cuartelillo de la Guardia Civil, aunque no faltaban en el paisaje cotidiano las figuras en primer plano, plano medio o plano americano de «la pareja» que desde Villafáfila o Manganeses recorría los campos en bicicleta envueltos en escarcha o sudando a mares según las estaciones. La verdad es que tampoco necesitábamos ni merecíamos a la Benemérita: los del lugar fuimos siempre gente pacífica, y solo en ocasiones nos soliviantábamos ligeramente, como cuando tirábamos al charil al forastero que nos había levantado la moza del pueblo sin pagar los pisos; pero eso nada tenía que ver con las llamadas alteraciones del orden público, y sí con las sinrazones y los pintorescos acaeceres que hoy estudian con toda seriedad ciencias tan prestigiosas como el folclore o la antropología (bueno, en cierto modo algo tenía también que ver, para qué negarlo, con las barbaridades cometidas en defensa propia, que las mozas eran pocas —en mi quinta ganábamos los chicos por 21 a 3— y no estábamos dispuestos a dejar que nos diezmaran la tribu así como así).

De ese tiempo sin tiempo ni responsabilidades todavía conservo nítidamente la película de algunos acontecimientos verdaderamente excepcionales: la nevada creo que del 57 (el «any de sa neu» que también todavía muchos recuerdan en Mallorca), con sus casi dos metros de nieve transformados en un interminable tobogán verdugo de nuestros pan-

talones y de la paciencia de nuestras santas madres, o el eclipse de sol que los maestros nos enseñaron a observar con cristales ahumados, o, irreplicable maravilla de maravillas para aquellas latitudes, una espectacular aurora boreal que nos sacó a todos de la cama y nos lanzó a la calle con miradas próximas al terror en las que se adivinaba la amenaza de apocalipsis y anticristos.

Y en ese tiempo que ahora es ya solo realidad (re)construida a golpe de sueños y palabras, puedo oír todavía la dulzaina y el tambor de los músicos de Bretó, que lo mismo tocaban una jota que un twist o un tango o una marcha fúnebre, y puedo ver al ciego con sus pliegos de cordel y su organillo, y escuchar el pregón del alguacil anunciando al pescadero o al chatarrero al que cambiábamos herraduras por tazas y pocillos, y asistir otra vez al espectáculo de los húngaros trashumantes con su contorsionista adolescente y triste y su cabra trepando a la escalera al son de la trompeta y el tambor.

Se trabajaba, sí, de sol a sol y a veces más allá, y el año se iba consumiendo sucesivamente sin espacios en blanco: escuela, Navidad, remolacha, escuela, Semana Santa, escuela, siega, acarreo, trilla, recogida, huerta, vendimia, escuela, etc. De ese territorio particular del sudor y el cansancio, quiero rescatar la estampa para mí inolvidable e inigualable de los atardeceres en la huerta, sentado junto a la buchina al lado de la noria, escuchando el runrún del agua y la voz a lo lejos de un huertano cantando y después un silencio y en medio del silencio del crepúsculo de azules y amarillos y naranjas y verdes el croar de las ranas y el cantar atronador de los grillos y la promesa del fresco del anochecer y del sueño sin culpa y sin remordimiento. Si es cierto que hubo alguna vez un tiempo y un lugar que fuera Paraíso para el hombre, debió de parecerse mucho a esa vega del Esla y a ese momento del atardecer que aún siguen y siempre seguirán sorprendiéndome desde lo más profundo y resguardado de mi memoria.

Recuerdo ahora todo eso para mí y para ustedes y recuerdo que lo recordé especialmente solo para mí cuando no hace ni un año andaba yo por los alrededores de Tábara y me encontré con un Museo de Etnografía amorosamente organizado por el padre de otro de nuestros es-

critores consagrados, Jesús Ferrero. Sorprendido y curioso, entré en él pensando que un museo era cosa de egipcios o romanos o como mucho de gentes que vivieron del siglo XIX para atrás, y me encontré con todos los chismes y herramientas de mi infancia, con lo que para mí había sido de uso normal y cotidiano hecho ahora ya objeto de tumba y rareza para turistas de gustos especiales. Y comprobé hasta qué punto se ha acelerado el ritmo del correr de los tiempos, y cómo el vendaval se lleva cada vez con más prisa y cada vez más lejos tradiciones y mitos y ritos y costumbres y trabajos y herramientas y las palabras mismas que los nombraban y que hoy ya nada nombran —la vela del ganado, el trabajo colectivo y gratuito de la facendera, las fiestas de los quintos (las carreras de cintas, los gallos, la machorra, el árbol levantado en la plaza que heredaba rituales paganos de fertilidad...), las brujas y las torvas del camino polvoriento, las purrideras, los cambizos, las tornaderas, los biellos, las tareas del campo (atropar, respigar, acarrear, trillar, emparvar, empezar la vendimia cantando en el carro a la espera de darle a alguna moza la primera lagarada) y las domésticas (apilar los encaños en el teño del corral, recoger el trigo en algún rincón del doble, junto al cuarto que custodiaba la matanza y a las arcas y baúles que guardaban la ropa perfumada por membrillos y manzanas, amorceñar el puchero, darle un tiento al chumarro amorosamente escondido en el arranque de la chimenea, limpiarse las foceras después, acochar a los niños, hala, cutubís, a la cama, engaloyarlos con promesas que solo con el sueño y en sueños podrían cumplirse) y hasta las cosas más inmediatas y personales y nombradas, como las partes del cuerpo (de la mamola y las gorjas a los cadriles y el zancajo), todo viento y literatura y sueño y desde ellos celebraciones o concelebraciones como esta que por tantas razones se está ya incorporando a mi memoria y nunca podrá borrarse de ella.

Me preguntaba no hace mucho el amigo Jesús Hernández desde el diario *La Opinión* sobre mi relación presente con el presente y el pasado y el posible futuro de Zamora, y yo les respondía parafraseando unos versos de Alberti:

Si Doña Urraca volviera,
yo sería su escudero,
que buena pájara era.

Y añadía, eso sí, que quería que se entendiera lo de *pájara* en el sentido no incorporado al Diccionario de la RAE de mujer emprendedora, lúcida, bien humorada, sensual, revoltosilla, decidida y libre.

Pues así yo me quiero y así los quiero a todos en esta fiesta de fraternidades concéntricas entre castellanos y leoneses de aquí y de allá, y entre todos nosotros y los que en estas tierras nos han querido acoger con los brazos abiertos y los que en todas las tierras de la Tierra son hombres y mujeres de buena voluntad.

Y como decía al principio que suelen estos sermones o pregones acabar con un ¡viva! lanzado desde el pasado y el presente al más prometededor de los futuros, vamos a ello con convicción y ganas (pero, eso sí, ajenos al perfume letal de la flor venenosa de eso que llaman patriotismo) y gritemos todos juntos en esta buena hora:

Visca, puxa, viva, gora ZAMORA.

23 de abril de 2004
Día de Castilla y León
en Palma de Mallorca